

injurias y graves pérdidas que vengar contra Inglaterra en la misma América. Dos potencias de nueva grandeza, Rusia y Prusia, manifestaban hacia los principios liberales un afecto algo altivo, pero inteligente, y mostrábase dispuestas á aprovechar aquella ocasion para desacreditar ó perjudicar en nombre de la libertad á la Gran Bretaña. Una república gloriosa y temida poco ántes, rica y respetada todavía, Holanda, no podía ménos de prestar á América sus capitales y su crédito contra una antigua rival. Y finalmente, todas las potencias de órden inferior, á quienes por su posicion era perjudicial y odioso el despotismo marítimo de Inglaterra, Nápoles, Toscana, Génova, habian de experimentar hácia el nuevo Estado americano una benevolencia, tímida quizás y sin inmediato resultado, pero útil y consoladora por lo pronto, eficaz y provechosa más tarde.

Por una rara fortuna, todo concurría á favorecer la insurreccion de aquellas colonias. Justa era su causa, grande su fuerza, morales y prudentes sus disposiciones. En el propio suelo, las leyes y costumbres, los hechos antiguos y las ideas modernas, se ponian de acuerdo para sostenerlas y animarlas en su vasto plan; preparábanse en Europa grandes aliados á apoyarlas; en los mismos Consejos de la metrópoli enemiga contaban con poderosos atletas; nunca habia obtenido tanto favor el derecho nuevo y disputado, ni habia empezado la lucha con tantas probabilidades de un feliz éxito. No obstante, muchos obstáculos habia de encontrar tan grande empresa; muchos sufrimientos habia de imponer á los encargados de realizarla, y muchos esfuerzos habia de exigir para llevarla á cabo.

El Congreso dispuso que se estableciera un convenio mediante el cual se interrumpiesen las relaciones comerciales con Inglaterra, recomendando eficazmente á los colonos el más estricto cumplimiento de tan importante compromiso. Al propio tiempo acordóse que se publicaran los nombres de los que no se adhiriesen al proyecto, declarándoles enemigos de la patria, y se propuso á petición de muchos la abolicion del comercio de esclavos, como perjudicial y ofensivo para los intereses de América.

Curtis observa que «por las relaciones que mediaron entre el primer Congreso y las colonias que lo instituyeron, no puede decirse que tuviera el carácter de gobierno, toda vez que sus miembros no fueron elegidos con el propósito de promover una revolucion. Aquella Asamblea

se estableció por mutuo convenio de las colonias, que, teniendo graves motivos de queja contra la metrópoli, consideraron esencial y necesario para sus intereses el formar causa comun entre sí, á fin de obtener la debida justicia. Los colonos, en general, no tenian intencion de proclamarse independientes, pues todos sus procedimientos desde el principio de la contienda hasta la eleccion de los delegados del primer Congreso, prueban que sólo deseaban el restablecimiento de sus derechos, considerados por todos como la parte esencial de la Constitucion británica. Y aunque este Congreso no trató de ejercer las funciones de gobierno, ni se propuso tampoco apelar á la revolucion para remediar los males de los colonos, constituyóse, sin embargo, en guardian de los privilegios y libertades de América, y en este sentido expuso cuáles eran las quejas y las medidas que debian adoptarse para la rehabilitacion de sus derechos. Aunque dichas medidas no fuesen directamente revolucionarias, tenian, sin embargo, cierta tendencia á serlo (1).»

Las medidas adoptadas por el Congreso no dejaron de encontrar oposicion en muchos hombres influyentes y poderosos que tenian sus dudas acerca de la legalidad de los procedimientos, y temian al propio tiempo romper abiertamente con la metrópoli, con cuyo motivo dice Mr. Guizot: «Allí se encontraron hombres de muy distintas opiniones, y mientras unos profesaban el mayor respeto y afecto á la madre patria, sentíanse otros arrastrados por su amor á la nacion americana, que gradualmente iba engrandeciéndose á sus ojos. Los primeros mostrábanse inquietos y recelosos, los segundos atrevidos y confiados; pero dominaba en todos el mismo sentimiento de dignidad, lo cual daba lugar á una mezcla de encontradas ideas que sin embargo no ocasionó ninguna division entre ellos. Por el contrario, respetábanse mutuamente, y discutian el gran asunto del país con la mayor integridad, con ese espíritu de deferencia y justicia que por lo general siempre aseguran el éxito.»

Despues de haber estado reunido por espacio de cincuenta y un dias, el Congreso suspendió sus sesiones, quedando enteramente discutidos los puntos más interesantes.

No se puede saber la parte que tomó Washington en aquellos debates; pero no cabe duda que hubo de distinguirse y ejercer poderosa

(1) Curtis, *Historia de la Constitucion*, tomo I, págs. 17-20.

influencia, á juzgar por las sintéticas y elocuentes frases de uno de sus eminentes compañeros. Dícese que habiéndose preguntado á Patricio Henry al salir del Congreso, cuál era el hombre más notable de aquella Asamblea, respondió: «Si se trata de elocuencia, el más eminente orador es el señor Rudledge, de la Carolina del Sud; pero si se trata de conocimiento sólido de las cosas y de sano juicio, incontestablemente es el coronel Washington (1).»

Sin contar la elocuencia, aún faltaban á Washington aquellas brillantes dotes extraordinarias que arrebatan la imaginacion. No era de esos genios ardientes, ansiosos de manifestarse, arrastrados por la grandeza de su idea ó de su pasion, que esparcen en torno suyo los tesoros de su naturaleza. Aquella alma tan firme, aquel corazon tan noble y elevado, era profundamente modesto y triste. Capaz de los más ilustres destinos, hubiera permanecido ignorado, sin importársele de ello, hallando en el cultivo del campo la satisfaccion de sus facultades, que debian bastar para el mando de los ejércitos y la fundacion de tan grande y poderoso Estado.

Cuando se presentó la ocasion y la necesidad, sin esfuerzo alguno por su parte, ni maravilla por la de los demás, ántes bien segun se esperaba, encontróse en el sabio plantador un grande hombre. Poseía en grado eminente las dos cualidades que en la vida activa hacen al hombre capaz de grandes cosas; confianza firme de su opinion, y resolucion para obrar de conformidad con esta, sin temor de incurrir en responsabilidad alguna.

La conducta débil proviene, sobre todo, de débiles convicciones; porque el hombre obra, más que por otros motivos, por impulso de sus ideas y sus sentimientos. Tan pronto como estalló la guerra, Washington se convenció de que la causa de su país era justa, y que por lo tanto no podía faltarle un feliz éxito.

Despues del primer Congreso, los asuntos de Massachusetts fueron complicándose más por momentos. A pesar de la prohibicion del general Gage, reuniéronse los representantes, y acordaron constituir un Congreso provincial que debia congregarse en Concord. Elegido presidente Hancock, envióse una manifestacion á Gage, reprobando sus últimas disposiciones y pidiendo que dejara de fortificar á Boston Neck. Contestó que era necesario para la seguridad

(1) Sparks, *Washington's Life*, tomo I, págs. 107 y 152.

de las tropas, y que el modo de proceder de los individuos de la Cámara era ilegal. Estos, despreciando semejante observacion, resolvieron organizar un comité con el encargo de trazar un plan para la defensa de la provincia, y alistar cierto número de ciudadanos que pudieran empuñar las armas cuando lo exigiesen las circunstancias. Pocas semanas despues se dispuso la organizacion de un cuerpo de doce mil hombres, convenientemente armados y equipados, y se invitó á las colonias de New-Hampshire, Rhode-Island y Connecticut á que prestaran su ayuda.

«Los sucesos de aquella época, observa Ramsay, podrán trasmitirse á la posteridad; pero la agitacion popular no es fácil que se describa sino por los que la presenciaron.» Y Botta se expresa al dar á conocer la situacion de Boston durante aquel período, en los siguientes términos: «La guarnicion era formidable, las fortificaciones imponentes, y poca esperanza quedaba al pueblo de eludir la dominacion británica; pues ni aún tenia el medio de huir por mar, toda vez que el puerto se hallaba bloqueado por una escuadra. Estrechados entre una irridada soldadesca, los habitantes de Boston se vieron expuestos á todos los insultos y ultrajes que podian esperarse, y la ciudad llegó á ser para ellos una prision guardada por los jefes británicos. Esto sólo bastaba para impedir las operaciones militares proyectadas por los americanos; pero no dejaron de proponerse varios medios para salir de tan embarazosa situacion, los cuales, si no prueban gran prudencia, demuestran al ménos una obstinacion poco comun. Algunos fueron de parecer que todos los habitantes abandonaran la ciudad y se refugiasen en otros puntos donde se les socorriera; pero este designio era impracticable, puesto que dependia del general Gage su ejecucion. Otros recomendaron que se elevasen las casas y los efectos pertenecientes á los habitantes, que se pegara fuego á la ciudad, y que se exigiese luégo el reembolso al tesoro público; pero este proyecto pareció á todos muy difícil si no imposible de ejecutar. Muchos habitantes, sin embargo, salieron de Boston secretamente, retirándose al interior del país: unos, disgustados por aquella especie de cautividad, otros temiendo las próximas hostilidades, y no pocos por evadir un interrogatorio acerca de los actos del pueblo; mas un considerable número de ciudadanos prefirió permanecer resueltamente en su puesto y arrostrar todas las consecuencias. Los solda-



dos de la guarnición, cansados de su largo destierro, deseaban acabar de una vez y expulsar á los rebeldes, que interceptaban sus víveres, y á los cuales despreciaban en alto grado, y los habitantes de Massachusetts, por su parte, indignábanse al pensar que las tropas les creían cobardes, por lo cual ansiaban probarles lo contrario, tomando una ruidosa venganza.»

Todos aprobaron calurosamente las medidas tomadas por el Congreso, y cada uno de por sí empezó á prepararse por lo que pudiera suceder, resuelto á no cejar ni en el último trance. «La idea dominante de los americanos, decía Warren en una carta que escribió á Josías Quincy (1), es conservar la libertad, aunque sea á costa de su vida; su resolución no es el resultado de una loca temeridad, sino el de una firme convicción, y estoy persuadido de que en ningún pueblo de los que existen sobre la tierra se difundió nunca tan universalmente el espíritu de libertad como en la América del Norte.»

El gabinete inglés, engañado por las manifestaciones de los *tories*, y creído de que la aristocracia, así como la numerosa secta de los cuáqueros y el clero episcopal se declararían en favor de Inglaterra, supuso que las medidas coercitivas habían de bastar para someter á los americanos; y en este concepto el monarca anunció su resolución de hacer que se respetara en todos sus dominios la suprema autoridad del Parlamento. Éste reunióse el 20 de enero de 1775, y aquel mismo día presentó lord Chatham una proposición en la Cámara de los Lores, para que se elevase á S. M. una solicitud suplicando se dignase expedir al general Gage las oportunas órdenes para que se retirasen las tropas de Boston, y se calmaran de este modo los ánimos, evitando en aquella ciudad una fatal catástrofe, que pudiera ocasionar peligrosas consecuencias. A pesar de los esfuerzos de aquel elocuente abogado de la verdad y la justicia, fué desestimada la proposición, de la misma manera que la solicitud presentada pocos días después á la Cámara, por Franklin, Lee y Bollen, que se encontraban de agentes de las colonias, alegando que los americanos se quejaban de supuestas vejaciones y mentidos atropellos.

El 10 de febrero lord North presentó un *bill* restringiendo el comercio de todas las colonias representadas en el Congreso de Filadelfia, excepto Nueva-York y la Carolina del Norte, y prohibiendo que se establecieran pes-

(1) *Memorias de la vida de Josías Quincy*, pág. 205.

querías en los bancos de Terranova y otros puntos, por un tiempo limitado.

Los americanos procuraban entre tanto aprovechar el tiempo, insistiendo en sus legítimos propósitos. El 1.º de febrero reunióse el Congreso provincial de Massachusetts, y después de suspender sus sesiones en Cambridge, para reanudarlas en Concord, acordó adoptar las medidas más convenientes para oponer una vigorosa resistencia, y excitó á la milicia á que procurase sin tregua imponerse de la instrucción militar, recomendando al propio tiempo la construcción de armas de fuego, y que el pueblo se abstuviera de facilitar á las tropas nada de cuanto fuese necesario para la guerra. La junta de salvación se encargó por su parte de comprar pólvora, cañones y otros efectos indispensables, que se depositarian en Concord y Worcester.

En vista de esto el general Gage envió al coronel Leslie con un destacamento para que se apoderase de unos almacenes de efectos y pertrechos de guerra que supo tenían en Salem los colonos; pero no encontrando allí nada, marcharon aquellas tropas inmediatamente á Danvers, á donde acababan de trasladarse dichos acopios. Los colonos se empeñaron en interceptar el paso á aquella fuerza; pero gracias á la intervención de Bernard, individuo del Congreso de Salem, pudo evitarse el derramamiento de sangre, aunque este hecho sirvió para aumentar la irritación del pueblo.

El 20 de marzo reunióse en Richman la Junta de Virginia y discutiéronse y aprobaron con la mayor actividad todos los proyectos. Washington, que era uno de los delegados, contribuyó en primer término á dar animación á las sesiones, comunicando á todos los acuerdos el espíritu patriótico de que se hallaba poseído. Patrio Fleury propuso que se armase y disciplinara la milicia de la colonia, á lo cual se opusieron muchos de los individuos y hombres notables de Virginia, esperanzados de que aún podría conseguirse la reconciliación con la metrópoli; pero aquel ilustre ciudadano rebatió cuantos argumentos se adujeron en contra de su proposición, concluyendo, con la impetuosidad de su elocuencia: «¡Ya no queda esperanza alguna! ¡Es preciso luchar! Lo repito, señores, ¡no queda otro recurso que la lucha; sólo debemos apelar á Dios y á las armas!» La proposición fué aprobada hasta por el mismo Washington, que ya no confiaba en ningún arreglo posible. Pocos días después Washington escribió una carta á

su hermano manifestándole que estaba resuelto á sacrificar su vida y hacienda á la causa de la patria, que no podía menos de considerar santa y justa.

El general Gage, despechado por el mal éxito que obtuvo la expedición á Salem y Danvers, y noticioso de que los americanos tenían almacenados una porción de pertrechos de guerra en Concord, distante unas diez y seis millas de Boston, decidió enviar secretamente otro fuerte destacamento para que se apoderase de aquellos efectos. A favor de las sombras de la noche pusieron en marcha con la mayor cautela ochocientos hombres, de lo más escogido del ejército, al mando del teniente coronel Smith y el mayor Pitcairn. Inútilmente creían que habían de encontrar á los colonos desprevenidos; éstos estaban siempre alerta, y por otra parte no les faltaron amigos que se apercibieron del proyecto, á pesar del secreto con que se procuró ocultar, y diéronles pronto y detallado aviso. Sin tardanza salieron mensajeros en todas direcciones, que fueron transmitiendo la noticia, y pronto el toque de campanas y los tiros de mosquete dieron á conocer á los expedicionarios que su cautela había sido inútil y que la alarma iba cundiendo por todo el país. Sin embargo, prosiguieron su marcha, y el 17 de abril llegaron á Lexington entre cuatro y cinco de la madrugada. Hallábanse cerca del camino unos sesenta hombres de la milicia ciudadana; mas comprendiendo que con tan poca fuerza fuera vana temeridad cuanto intentasen, se abstuvieron de hacer la menor demostración de resistencia. No fué esto bastante para contener al mayor Pitcairn, que avanzaba con la infantería ligera, el cual se adelantó gritando: «¡Dispersaos, rebeldes! ¡dispersaos y arrojad las armas!» Y como los colonos tardasen en obedecer, dió algunos pasos más, descargó su pistola, y tiró de la espada, haciendo inmediatamente fuego sus soldados. Cayeron algunos milicianos, y dispersáronse los restantes; mas al ver que los ingleses les seguían tirando, algunos de los fugitivos les contestaron.

No tardó en llegar la demás fuerza, al mando del teniente coronel Smith, al punto de la refriega, y dirigiéndose á Concord, penetraron reunidos en la ciudad, destruyeron dos piezas de artillería y cierto número de ruedas y cureñas, y arrojaron al río todo el material de guerra que encontraron.

Se había derramado sangre, y tan grave hecho no podía quedar impune. Los indignados

colonos corrieron en busca de refuerzos, y muy pronto viéronse llegar, capitaneados por el mayor Butrick, de Concord. Éste ordenó á su gente que avanzara, é ignorando lo que acababa de pasar en Lexington, encargó que no se hiciera fuego mientras no tomaran la ofensiva los ingleses. Poco tuvieron que esperar; pues viendo que los milicianos avanzaban, los soldados hicieron una descarga. Los colonos contestaron resueltamente, y entablóse una reñida escaramuza, resultando por ambas partes varios muertos.

Conseguido el objeto principal de la expedición, las tropas emprendieron la retirada. Difícil había de ser; la sangre vertida pedía venganza. Pronto viéronse acudir de todas partes valientes ciudadanos que no cesaban de hostilizarles con nutridas descargas de mosquetería.

Noticioso el general Gage de que todos los colonos corrían á las armas, destacó novecientos hombres más con dos piezas de artillería al mando de lord Percy, para proteger á los expedicionarios, á quienes encontraron en Lexington en el mayor apuro. No había tiempo que perder; los americanos iban engrosando de tal modo, que podía ser desastrosa la menor tardanza. Cuando los ingleses emprendieron la marcha, se renovó el ataque, y con dificultad pudieron continuar la retirada bajo el incesante fuego del enemigo, al cual apenas consiguieron mantener á respetuosa distancia, merced á la artillería.

Concedores del país y guiados por su patriótico entusiasmo, sin jefe ni orden alguno, pero unidos á la vez y obedeciendo á los sagrados deberes de una santa causa, los americanos corrían de un punto á otro, situándose convenientemente para herir con la menor exposición posible, sin dejar al enemigo un solo momento de reposo. Muchos, cansados de la persecución, se retiraban; pero al instante veíanse reemplazados por otros, que entraban de refresco, ansiosos de vengar á sus hermanos; de modo que aunque sólo unos quinientos hombres tomaban parte en la lucha, continuábase sin tregua, hasta que por fin consiguieron los ingleses llegar al anochecer á Bunker's Hill, extenuados de fatiga y faltos de municiones, á pesar del gran acopio que hicieron por la mañana. Los ingleses tuvieron sesenta y cinco muertos, ciento ochenta heridos y veintiocho prisioneros. Las pérdidas de los americanos ascendieron á cincuenta muertos y treinta y cuatro heridos (1).

(1) Lardner, *Historia de los Estados Unidos*, tom. I, pág. 124.